

12.  
CORAZÓN DE JESÚS  
DIGNO DE TODA ALABANZA

*Cor Iesu, omni laude dignissimum*

P. Jesús Segura, Sacerdote español  
Misionero en Italia

El Corazón humano de Jesús unido a la divinidad es digno de toda alabanza porque es el **Corazón de Dios**<sup>1</sup>.

A Dios se le debe todo reconocimiento, reverencia, honra y estima, porque es único. Nadie hay como ÉL. No tiene igual. Nadie que pueda ser tan bondadoso, tan digno, poderoso, lleno de sabiduría, abrasado de caridad, fuerte y merecedor de toda alabanza. Por lo tanto, es justo y necesario, como decimos en cada Misa, que cada hombre y mujer levante su corazón hacia Dios y le rinda la más grande y tierna veneración por ser Dios tan inmensamente merecedor de ella.

Lo mismo se tiene que decir del Corazón de Jesucristo, que es la sede de todos los afectos humanos del Verbo Encarnado. No ha habido ni habrá ningún humano «tan bueno, justo y santo; nadie tan humilde, dulce y manso; nadie tan sabio, elocuente y poderoso; nadie tan amante, magnánimo y misericordioso, como nuestro bendito Señor Jesucristo. Y si ÉL es tan dignísimo de alabanza por esas sus virtudes tan sublimes y acabadas, lo es también su Corazón, donde están simbolizadas, y en el que nos las ha querido mostrar»<sup>2</sup>.

Único es nuestro Dios, único es Jesús. ¿Quién como Dios? Es un deber de toda creatura espiritual doblar la propia inteligencia y prostrar la

---

<sup>1</sup> Cf. RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 196.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

voluntad en homenaje al Creador, y hacer lo mismo a nuestro Redentor. Nunca alcanzaremos a reconocer y adorar a Dios cuanto sea debido. *Para glorificar al Señor, alabadlo cuánto podáis, porque está muy por encima de vuestras alabanzas. Y al exaltarlo, poned todo vuestro empeño; no os canséis, pues nunca llegaréis al fin* (Sir 43,30).

Este **Corazón tan digno de alabanza** ha sido muy discreto en sus años de vida terrena. Los primeros gestos de tierna alabanza que recibió este Corazón fueron seguramente los de la Virgen santa que lo engendró. ¿Quién como Ella supo tributar los primeros dones de oblación al pequeñísimo Corazón del Hijo del Altísimo que había empezado a latir en sus entrañas? San José, Isabel y otros parientes a quienes se manifestaría este misterio harían lo mismo con exultante reverencia. *Bendito el fruto de tu vientre* (Lc 1,42). También los ángeles en Belén, que exclamaban *gloria a Dios* (Lc 2,14); los pastores, que *volvieron glorificando y alabando a Dios* (Lc 2,20); los magos, que *se pusieron de rodillas y lo adoraron* (Mt 2,11), fueron de los primeros en homenajear al Corazón del Niño Dios digno de toda alabanza. El anciano Simeón, deseando terminar sus días tras haber visto al niño al que honró con el título de Salvador (cf. Lc 2,30). La profetisa Ana, que *daba gloria a Dios hablando del niño a todos* (Lc 2,38). ¿Cómo no estarían felices María y José en aquellos años de adoración permanente en la intimidad de la casa de Nazaret, bendiciendo al Señor con la simplicidad de sus obras domésticas, ofrecidas como incienso en su presencia, meditando todas las vivencias con Jesús en sus corazones y abandonándose enteramente al entrañable estilo de las cosas de Dios? Al llegar la muerte del buen José, se despediría de su Hijo, que era dueño de toda vida, con profundo acatamiento. Al marcharse luego Jesús de su casa para emprender su misión apostólica, lo honraría María con su apoyo maternal, acompañándolo en su soledad victimal. Al encontrarse con su pariente Juan el Bautista, sabemos que fue elogiado

ante todos por él con el título de *Cordero de Dios* (Jn 1,29). En sus milagros y vida pública el Corazón de Jesús, que se mostró siempre manso y humilde, recibió justos reconocimientos por parte de aquellos que curó con sus milagros. El leproso samaritano volvió alabando a Dios a grandes gritos y echándose por tierra a los pies de Jesús para darle gracias (cf. Lc 17, 15-16); el ciego de nacimiento, confesando su fe, *se puso de rodillas ante Él* (Jn 9,38); María de Betania, tras ungir con olio la cabeza de Jesús, le ungió también los pies secándolos con sus cabellos (cf. Lc 7,18; Jn 11,1); a la entrada de Jerusalén, montado en un borrico, fue aclamado por las masas como un rey (cf. Jn 12,13).

Pero este Corazón tan grande, que merece infinidad de alabanzas, **recibió por encima de todo desprecio y vilipendio**. Su vida fue a la vez marcada por falta de aprecio y por mucha ingratitud, como lo describe con detalle este texto de San Antonio María Claret:

«Fue despreciado en sí y en todas sus obras: fue despreciado en su divinidad y humanidad; despreciado en sus virtudes; despreciado en su doctrina; despreciado en sus milagros, y todo cuanto decía y hacía era mal interpretado y despreciado.

Fue despreciado de toda suerte de personas. Fue despreciado de nacionales y extranjeros; despreciado de sacerdotes y seglares; despreciado de reyes, nobles y plebeyos; despreciado de militares y paisanos.

Los sabios le despreciaron; como no había sido enseñado de ellos se decían: ¿De dónde ha sacado éste tal sabiduría, siendo hombre que ni siquiera ha aprendido letras?...

Los ricos le despreciaron... escogió padres pobres, compañeros pobres, comida pobre, vestido pobre, ocupación pobre, casa pobre, y en todo amó la pobreza y abyección, y por lo mismo se mereció el desprecio de los ricos, que aman las riquezas, los regalos y la vanidad.

Los jóvenes paisanos y contemporáneos le despreciaron. Los hebreos a los diecinueve años se casaban; al ver a Jesús joven gallardo, hermoso y fino, que no hacía caso de mujeres ni de las cosas del mundo, que vivía retirado de compañías malas y de las diversiones de la juventud, ¡qué, burlas, qué desprecios harían de él! ..los parientes le despreciaron al ver que no se casaba ni trataba de hacer fortuna; le criticaban y le tenían por un hombre digno de desprecio. Tan pronto como empezó Jesús a reunir discípulos y a predicar, salieron algunos de sus parientes para recogerle, porque decían *que había perdido el juicio* (Mc 3,21)...»<sup>3</sup>.

Este Corazón tan digno de alabanza fue sumamente injuriado de manera singular **en las dolorosas horas de su Pasión**. A todos excede en el amor aquel Corazón que cargó sobre sí cada una de nuestras iniquidades, males, penas, pecados y consecuencias del pecado, revistiéndose no de la dignidad que le pertenece, sino del más ruin y afeado ropaje. San Juan de Ávila nos ayuda a entrar en este hondo misterio:

«Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello, cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (Apoc, 1, 5): *Nos amó y nos lavó con su sangre de nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el Corazón, que hace pasar tales cosas de fuera...que el rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte...cosa es ni vista ni oída, y de tan excesivo

---

<sup>3</sup> SAN ANTONIO MARIA CLARET, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Barcelona 1859. Meditación XXIII. Del tercer grado de humildad, o sea del amor a los desprecios.

amor, que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel rey por muchos días y aun por toda la vida... Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los esclavos por quien padece... Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que Él a ellos amó; andad acá al Corazón del Señor...»<sup>4</sup>.

«¡**Dignísimo de toda alabanza** precisamente **este oprobio y humillación!**» exclamaba Juan Pablo II en una de sus catequesis. Y continuaba: «En efecto, es entonces que el Redentor alcanza el culmen del Amor de Dios. ¡Y el Amor es digno de toda alabanza! Nosotros *no nos gloriaremos a no ser en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (cf. Ga 6,14)»<sup>5</sup>.

Muy de provecho será examinarse ante este buen Corazón de todos aquellos rincones del alma en que no encuentre sede su realeza, por estar el alma ocupada por otros amores vanos que le roben su presencia y dignidad. Este Corazón tan digno de alabanza, ¿es alabado en cada uno de mis pensamientos, o más bien cedo a juicios llenos de orgullo y sin caridad? ¿Es alabado en cada una de mis decisiones, intenciones, deseos y aspiraciones? ¿Es adorado en cada uno de mis afectos, o conservo reverencia idolátrica por amores vanos que no son Dios? ¿Es debidamente alabado en mi tiempo, en mis pruebas, en los ratos de oración, en mis deberes de estado y ocupaciones? Y ante el calor del Corazón de Cristo que arde de amores en **la blanca hostia** de nuestros sagrarios y altares, admirar su dignísima presencia velada bajo las apariencias de humilde pan, y aspirar a poder ofrecer cada día un poquito más de nuestra adoración, consuelo y reparación.

---

<sup>4</sup> SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, c. 78.

<sup>5</sup> SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (4/8/1985).

Que la Virgen Santa nos ayude a rendir con nuestras vidas un culto incesante a la majestad soberana del Corazón de nuestro Dios, dignísimo de toda alabanza.